

POEMAS DE AMOR

ABDEL-WAHHAB AL-BAYATI

Pedro MARTINEZ MONTAVEZ

No es un individuo que deje indiferentes, este poeta árabe, iraquí, de algo más de cincuenta años, nacido en Bagdad el año 1926. Hay algo que interesa y que preocupa en su rostro terráceo, apagado unas veces, brillante otras, de marcados rasgos asiáticos profundos, en sus suaves maneras, en su fina y penetrante ironía, que suaviza, pero no llega a encubrir definitivamente la fuerte pasión interior que le sacude. Hay mucho del hermetismo y la sabiduría acumulada, dolorosa y esperanzada, del Oriente, de sus posibilidades genuinas de «revelación» última y total. Hay la sensación, también, de un tiempo distinto.

Es un hombre que no sólo canta, sino que más aún, cree firmemente en esa esperanza. Pero que lleva también, en su espíritu y en su carne, clavada la huella de hondas experiencias dolorosas. Buceador tenaz de geografías y climas muy distintos, de situaciones absolutamente dispares, de gentes y comunidades diferentes, buscador infatigable del secreto esencial, perseguidor del hombre, su poesía, finalmente, crece de una mantenida y tensa explosión del alma y busca dimensiones cósmicas infinitas. Estando definitivamente hecha y madura, es como si no acabara nunca de realizarse.

Porque hay un río caudaloso que lo arrastra, que lo empapa y socava. Hay un río caudaloso que se alza incontenible, y que lo hace estallar sobre las cosas. Hay un profundo río silencioso que de arriba abajo le recorre, le horada y le construye. Hay un río inmortal, denso y transparente, que le invade y traspasa, que salta por encima de tiempos y de nombres, de hechos, de situaciones y de cambios, para imponer su autoridad triunfal y poderosa. Hay un río invencible e inevitable: el amor.

Ahí, después de años y peripecias múltiples, de plurales experiencias distintas, singulares, está ahora la poesía de Abdel-Wahhab al-Bayati. Ahora, después de algo más de una veintena de libros (su primer diván se publicó el año 1950, y el último, hace tan sólo unas

romanas) posiblemente empieza a verse ya con suficiente claridad la unidad esencial, el objetivo, que su poesía iba persiguiendo, su sistema propio de símbolos y dimensiones míticas, su superación de límites convencionales, su auténtica urdimbre trascendente. La codicia y el anhelo irrenunciables del hombre a su total realización, a su goce completo —solidario y político, profundamente solidario y político todavía, en contra de lo que quizá muchos puedan suponer—, están espoleados por el acicate implacable del deseo y arrastrados también por un viento místico incontenible. Quizá desde la soledad, ya, el poeta-amante ha conseguido entrar en ese mundo de máximas dimensiones ilimitadas que perseguía, que le acuciaba, y que múltiples experiencias continuas y diversas, directísimas, transitorias, embriagadoras, le han permitido descubrir. Por encima de la maraña de frases hechas y de tópicos acuciados. En busca de la raíz y del manantial. Más allá de «los siete pórticos del mundo», de las viejas civilizaciones desenterradas, de la nieve de los bosques rusos, de los primorosos jardines persas, de la rosa y el jilguero de Astarté, de la agonía angélica de Lorca, de la fuente que corre en la noche de la Alhambra. Aún más allá de la espera de la amada. «¿Qué viene y qué no viene?»...

AMOR BAJO LA LLUVIA

1

Waterloo fue el principio, y todos los puentes del mundo se estiraban a Waterloo, para abrazarle, para ver a dos emigrantes que se habían encontrado bajo el poste de luz, que habían sonreído y, quietos, señalaron al fulgor del relámpago y a las nubes rotas por el trueno. Volvieron a esperar, sonrieron, y dijeron los ojos de ella: ¿Qué eres? El respondió: No sé. Ella se le acercó, y puso su mano en la de él. Marcharon bajo la lluvia que caía poco a poco, hasta el alba. Ella cantaba como un niño, saltaba por encima de los estanques, se escapaba corriendo y volvía. Las calles de Londres suspiraban hondamente, mientras el alba, sobre las húmedas aceras de sus ojos, se ocultaba en las hojas de los árboles. El respondió: Yo... No sé. Y lloró. Ella dijo: te veré mañana. La abrazó. Besó sus ojos bajo la lluvia que caía lentamente. E igual que la nieve, la noche se fundía de ternura bajo los besos.



2

La abrazó nuevamente. Y se separaron bajo el desnudo cielo negro del alba.

3

Ella lloraba. en su interior, los años perdidos y secos de su Infancia.

4

La solía ver en sueños desde hacía años. Su imagen se le escapaba cuando despertaba o la llamaba en sueños, y con la fiebre del enamorado la buscaba por todos los lugares. La veía en los ojos de todas las mujeres de las ciudades terrestres, cubierta de flores y de hojas de limón enrojecido, correr descalza bajo la lluvia, señalarle: Sígueme. Y él corría enloquecido, llorando los años de destierro, de marcha, del frustrado dolor de buscarla.

5

En su interior estallaba una guerra entre enamoradas: una moría antes del amor, y otra después. Esta en el intervalo, y aquella bajo los escombros.

6

Era una revolución de muertos: un terremoto.

7

Y el «sígueme» permaneció en la carne desnuda de los años y en la sangre del amor asesinado, como una herida incurable y un deseo mortífero.

8

La veía en todos los volúmenes, en todas las ciudades terrestres entre la gente, y la llamaba con todos los nombres.

9

Ella se escondía entre las hojas del limonero y las flores del manzano.

10

Waterloo fue el principio, y todos los puentes del mundo se estiraban a Waterloo, buscando el encuentro de los extraños.

11

Bajo el poste de luz se encontraron, sonrieron y, quietos, señalaron al fulgor del relámpago y a las nubes rotas por el trueno. Yo abrazaban.

12

El cuidaba una magia negra en su interior: ¿Vendrá o no vendrá? Quién sabe. Estaba loco.

13

Tenía en la mano una muñeca de cera a la que pinchaba con un alfiler luminoso. Amame, le dijo. Y los ojos de ella se encendieron con una chispa de tristeza que subía del corazón de la tragedia.

14

La vio, tan pálida como la rosa, bajo el poste de luz. Llegó antes de la cita. Estaba con su impermeable azul. La besó en la boca. Marcharon, y ella dijo: ¡Deprisa!... Rieron. Entraron a un bar. Pidieron dos copas. Ella se le acercó, y puso su mano en la de él. Los ojos de él le dijeron: Amame. Se hundieron en el sueño. Y se vieron uno a otro: en otra tierra abrasada por el sol del desierto. Sonrieron. Volvieron de la tierra del sueño. Y él vio su figura vestida con las ropas de los beduinos nómadas. Ella dijo: ¿Quién eres? Respondió: No lo sé. Y lloró. Era un desierto rojo que se estiraba y se estiraba hasta donde Dios quisiera para cubrir el mapa de las cosas.

15

La abrazó. La besó en los ojos. Londres suspiraba profundamente, mientras el alba, sobre las húmedas aceras de sus ojos, se ocultaba en las hojas de los árboles.

16

Me llamo Aixa, le dijo. Y mi padre fue un rey legendario que gobernaba un reino destruido por el terremoto el tercer milenio antes de Cristo.

2-XII-1974



NAZCO, Y ME ABRASO EN MI AMOR

1

Lara se despierta en mi recuerdo: como una gata tártara, me
moocha, se estira, bosteza, me araña el rostro febril y me impide
el sueño. La veo en el fondo del infierno de las ciudades
jolares ahorcarme con sus trenzas y colgarme como un conejo
sobre el muro, tendido en el hilo de mis lágrimas. Yo grito:
¡Lara!... y me responde el viento aterrorizado: ¡Lara!... Corro tras
el viento y en pos de los trenes de la noche, y pregunto a la
conarera del café. Nadie sabe nada. Marcho sólo bajo la nieve.
Lloro mi amor vacilante por todos los cafés y las tabernas del mundo.

2

En los cuadros del Louvre y en los iconos.
En los tristes ojos de las reinas.
En el embrujo de las adoradas
estaba Lara, plegada bajo la máscara dorada de la muerte y bajo
el rayo de luz hundido en los cuadros,
llamándome. Y le acerqué el rostro, llorando enfebrecido.
Pero una mano estirada limpiaba todos los cuadros y escondía
todos los iconos, dejando sobre la máscara dorada de la muerte
el destello de luz de un día muerto.

3

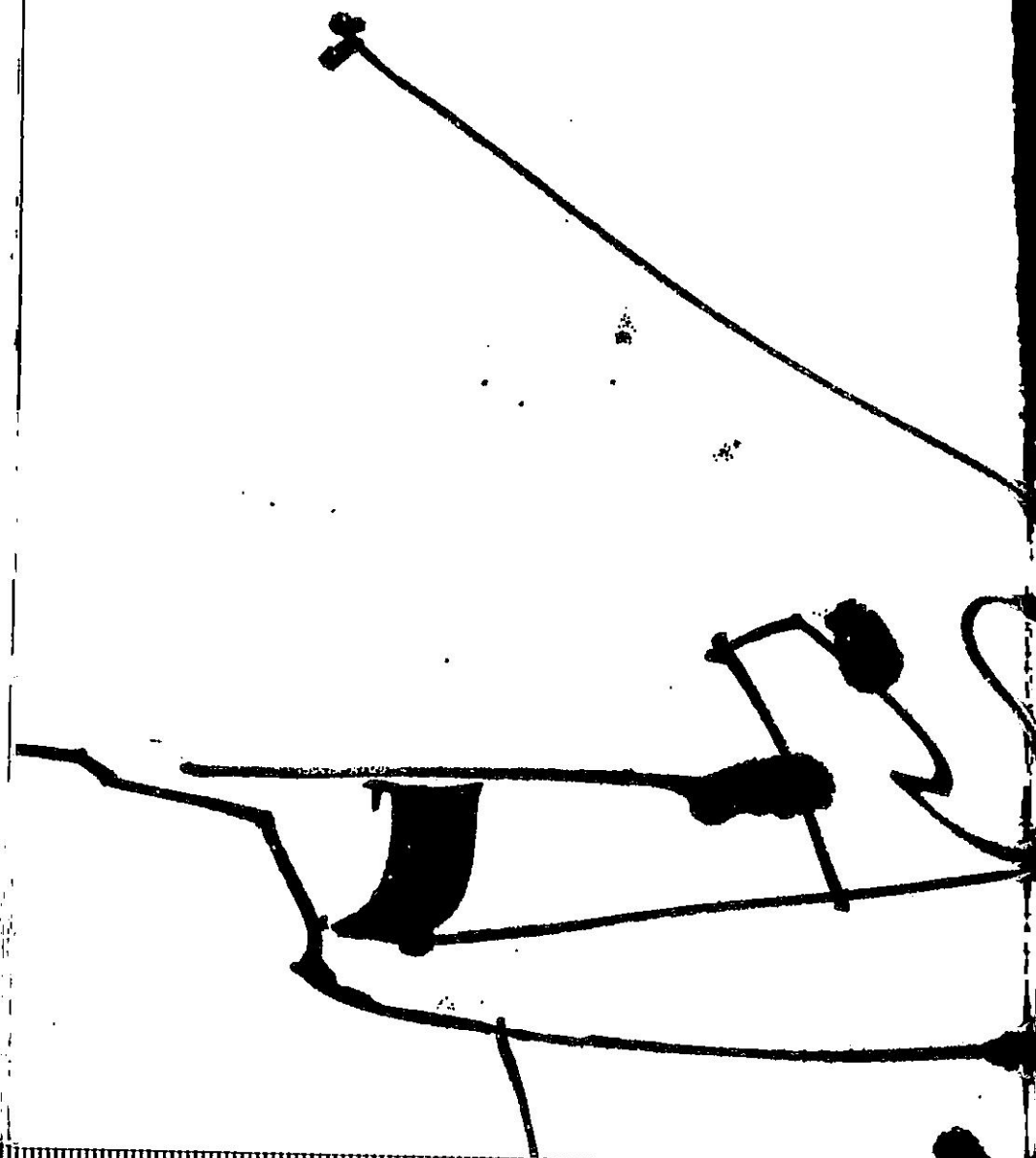
Lara partió,
Lara se suicidó.
Dijo el portero, y dijo su vecina, anegándose en un llanto caliente.
Otra dijo: nadie sabe nada. Ni Satanás.

4

Tiro una bomba bajo el tren de la noche cargado de hojas de
otoño en mi recuerdo. Me arrastro entre los muertos. Palpo
mi senda en las ciénagas de campos sin labrar. Invoco a la guardia
nocturna, para que detenga en mi recuerdo este ciego amor
desgarrado, esta luz negra. Lloro febril bajo la lluvia que cae
lentamente, suelto en el alba el fuego contra mí.

5

Exiliado en mi recuerdo
Apresado en las palabras
Voy errante bajo las lluvias.



6
Grito: ¡Lara!...
Y no responde el viento aterrado: ¡Lara!...

7
En la Alhambra
En las alcobas del rubio harén del jalifa
Dijo un laúd oriental y un llanto de gacela.
Me acerco absorto a los halos de letras árabes trenzados
con millares de flores.
Dijo suspiros:
Lara me llamaba bajo las siete lunas y la luz brillante.
Me acerqué el rostro, llorando enfebrecido. Pero
una mano estirada me arrojaba al pozo de las sombras
dejando sobre la alfombra mi guitarra y el destello de luz de un
día muerto.

8
Alargando las palabras, dijo el director del teatro: no dejó señas.

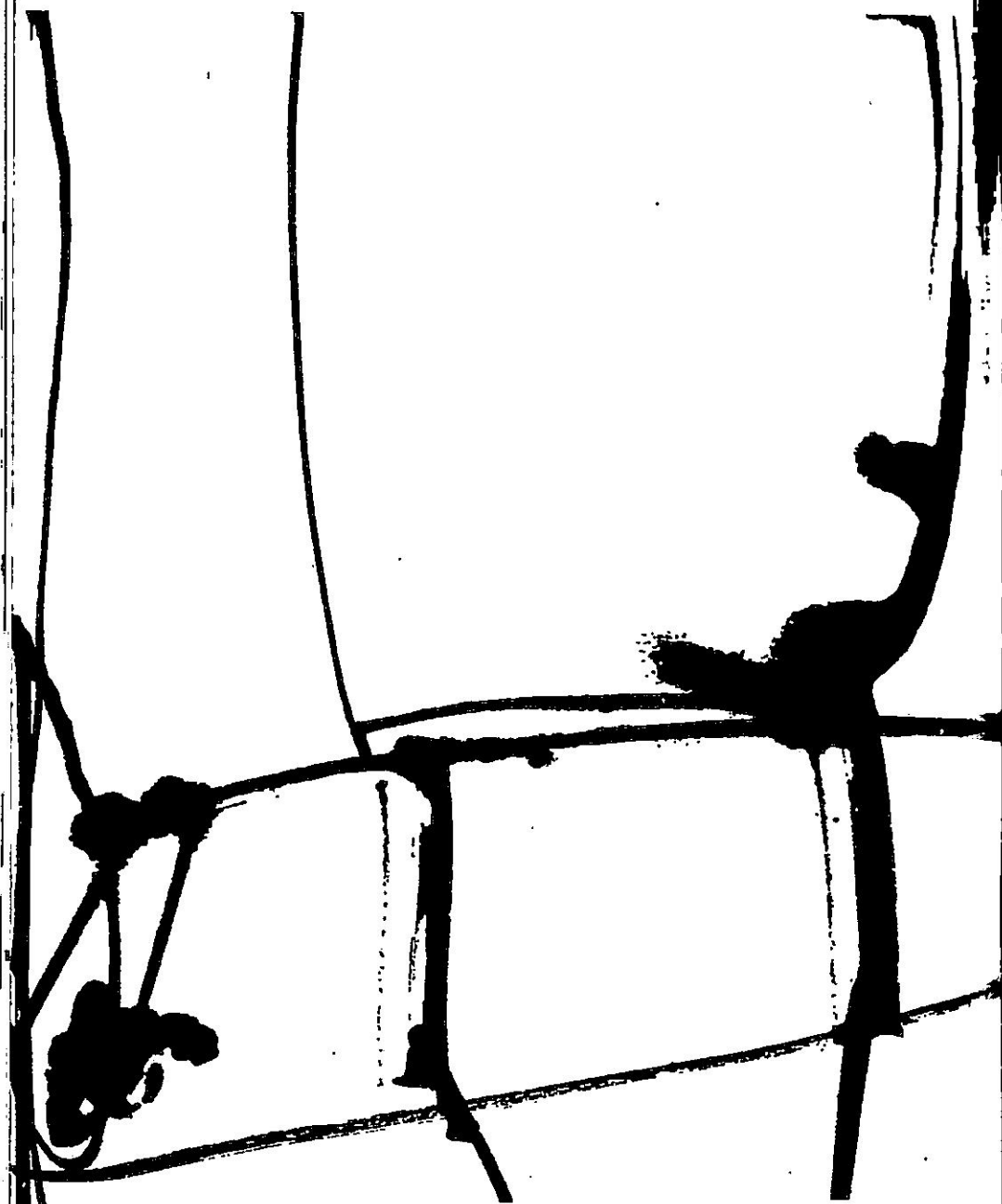
9
En los bosques del mar negro caen las hojas de los árboles.
Se apagan las luces y parten los enamorados.
Y yo sigo solo, buscándola, llorando febril bajo las lluvias.

10
Yo grito: ¡Lara!... Y el viento aterrado me responde: ¡Lara!...
en la choza del pescador.

11
Dibujó su imagen sobre la nieve, y se enciende el color verde
y miel oscuro de sus ojos. Su cálida boca de cereza se aproxima
a mi rostro. Las manos se encarnan en un abrazo eterno, pero una
mano estirada limpia su imagen, dejando sobre el color
asesinado el destello de luz de un día muerto.

12.
El sol de mi existencia se alejó. Nadie sabe nada. El amor existe
ciego y solo. Nadie conoce a nadie en este destierro. Todo está solo.
El corazón del mundo es piedra en este destierro soberano.

26-X-1974



CONFESARE TU AMOR AL VIENTO Y A LOS ARBOLES

1

Yo acurrucas ahora, solo, en tu habitación. Caen los recuerdos. Este es el mundo: cuerpo de mujer que gime debajo de ti, con los ojos cerrados. Una lluvia negra le cae sobre las mejillas, y llora en silencio. A las espigas de trigo del cuerpo desnudo las rompe un viento de poniente, que penetra en ciudades no nacidas aún. ¿De qué órbita solar caen sobre la tierra, las carrozas doradas, transportando al cuerpo exiliado las semillas de la innovación y el primer fuego de la creación? ¿De qué años luminosos, viene este huésped de piedra, con el cesto de frutos del estío?... Y lloras en silencio... ¿De qué día brota la alegría llorosa, y muere, para dejar sobre las hojas pájaros y estrellas?

¿Adónde vas?

Este mundo, con su túnica al viento

Como una mujer preñada, en su noveno mes, grita cerca del mar
Ansiando la luna de limón, que duerme sobre las azoteas de las casas rurales.

2

¡Mujer del Himalaya y de las altiplanicies de los Andes!

Duerme en el lecho del océano del alma

Hasta que estallen los volcanes y aúlle el perro insaciable de las visiones.

3

Las diosas de los destinos

bailan al ritmo del jazz

en la sala de baile de las lluvias.

4

¡Aquí estás! Apretando las cuerdas, llorando, consumada la liturgia de la fecundidad, las primeras semillas de la creación bajo la ceniza de los tiempos.

5

Una tempestad arranca las puertas

Arroja el mapa de este mundo sobre la tierra, apaga la luz de la lámpara.